

**PROPAGAR AL CRISTO RESUCITADO,
ASCENDIDO Y TODO-INCLUSIVO
COMO DESARROLLO DEL REINO DE DIOS**

(Viernes: sesión de la noche)

Mensaje seis

**Mantenernos en el único fluir de la obra del Señor
para la propagación de la iglesia
y recibir la misericordia del Señor a fin de ser salvos
de las maquinaciones de Satanás**

Lectura bíblica: Hch. 1:8; 5:20; 6:4, 7; 9:31; 12:24; 19:20

I. El fluir de la vida divina, el cual comenzó el día de Pentecostés y ha fluido por todas las generaciones hasta el día de hoy, es simplemente una corriente con miras a la meta de Dios de edificar la iglesia para obtener Su expresión corporativa—Mt. 16:18; cfr. Ez. 47:1-12:

- A. Cuando le damos al Señor la preeminencia en todo nuestro ser, de modo que Él sea nuestro primer amor, Él llega a ser la corriente divina para nosotros, la cual fluye en nosotros y desde nosotros como las primeras obras; las primeras obras son las obras motivadas y producidas por el Señor como nuestro primer amor y que lo expresan—Jn. 4:14b; Ap. 22:1; 2:4-5.
- B. Únicamente las obras que son motivadas por el primer amor son oro, plata y piedras preciosas—1 Co. 2:9; 3:12.

II. El principio básico de la iglesia es que ella es eterna y universal, así que la iglesia debe propagarse constantemente sobre la tierra; el crecimiento de la iglesia y la edificación de la iglesia se basan en la propagación—Hch. 1:8; 8:1; 9:31:

- A. La propagación de la iglesia es producida por medio del crecimiento en la vida del Señor y el fluir de nosotros de la vida del Señor, es decir, el rebosar de vida—Ef. 4:16; Jn. 7:37-39; Hch. 2:42, 46-47; 5:20; 6:4, 7; 12:24; 19:20.
- B. Cuando la iglesia comienza a propagarse, los conceptos erróneos son destrozados, independientemente de si los conceptos son regionales, raciales o de discriminación mutua; toda nuestra intolerancia es eliminada por medio de la propagación—cfr. 1 Co. 12:24; Col. 3:10-11.
- C. Hechos 8 nos muestra que el primer paso en la propagación de la iglesia consistió en ir a Samaria (vs. 1-25), y el segundo paso fue ir a Etiopía, a África (vs. 26-39); esto nos muestra que debemos predicar el evangelio a toda tribu y lengua y pueblo y nación, puesto que la iglesia es universal y necesita ser propagada (Ap. 5:9-10; 7:9).
- D. Hechos 9 nos muestra que Dios escogió a Saulo (quien más tarde sería Pablo), lo cual es contrario al concepto humano; nuestro concepto humano, el cual es estrecho y erróneo, necesita ser quebrantado y destrozado mediante la propagación de la iglesia; debemos creer que una persona puede estar persiguiendo a la iglesia en cierta hora y estar predicando el evangelio una hora más tarde—vs. 10-22.

- E. Hechos 10 indica que el mover evangelizador del Señor sobre la tierra está bajo la administración que Él ejerce desde el trono en el cielo y que el evangelio necesita ser propagado a los cuatro rincones de la tierra habitada, a fin de ganar a toda clase de personas inmundas (pecaminosas), limpiándolas con la sangre redentora de Cristo y lavándolas con el Espíritu Santo que renueva—vs. 11-12, 15, 28; cfr. He. 8:1; Hch. 7:56.
- F. Hechos 13 revela que en la iglesia en Antioquía, entre los cinco profetas y maestros que ministraban al Señor había judíos y gentiles, cada uno de los cuales tenía una formación, educación y estatus diferentes; esto indica que la iglesia se compone de personas de todas las razas y clases sociales, sin importar cuál sea su formación, y que los dones y funciones espirituales dados a los miembros del Cuerpo no se basan en su estatus natural—v. 1; 4:36; Ro. 16:21; Lc. 9:7-9; Hch. 22:3:
 - 1. Por medio de estos cinco miembros fieles y diligentes del Cuerpo de Cristo, el Señor dio un gran paso al apartar a Bernabé y a Saulo para Su obra y mover, que consistía en propagar el evangelio del reino al mundo gentil.
 - 2. Esto fue un mover efectuado absolutamente por el Espíritu, en el Espíritu y con el Espíritu, mediante la coordinación entre los miembros fieles y diligentes del Cuerpo de Cristo, que está en la tierra, y la Cabeza, que está en los cielos—13:1-4.
- G. En el primer viaje que emprendió el apóstol Pablo para propagar el evangelio, él fue a Chipre y luego a Asia Menor a fin de establecer muchas iglesias locales—v. 1—14:28; Ap. 1:4.
- H. Después que Pablo se separó de Bernabé, en su segundo viaje ministerial él fue a Europa (Filipos, Tesalónica, Berea, Atenas, Corinto y regresó a Antioquía pasando por Éfeso)—Hch. 15:35-40; 16:6—18:22.
- I. El tercer viaje de Pablo fue de Antioquía a Galacia, a Frigia, a Éfeso, a Macedonia, y de Grecia fue a Jerusalén—v. 23—21:17.
- J. El cuarto viaje de Pablo fue de Cesarea a Roma—27:1—28:31.

III. Debemos recibir la misericordia del Señor para ser salvos de las maquinaciones de Satanás, mediante las cuales él busca estorbar la propagación y la edificación de la iglesia, y mantenernos en el fluir de la era con miras a la edificación de Su Cuerpo—cfr. He. 4:16; Lm. 3:22-25:

- A. Debemos ser salvos de las ordenanzas externas y muertas, de las opiniones humanas y del yo con sus viejos conceptos; aquel que reciba la misericordia del Señor será salvo en estos asuntos; el grado al cual seamos salvos será el grado al cual la iglesia podrá ser edificada—Ro. 5:10; Fil. 1:19-21a; 2:12-16; Hch. 15:1-12; Gá. 2:21; 5:1; 2:4.
- B. Debemos aprender de la lección de Pedro para ser salvos de los velos de nuestras tradiciones religiosas y nuestro viejo trasfondo, a fin de poder ver y vivir bajo la visión de la economía eterna de Dios con miras a asirnos a la verdad del evangelio—Hch. 10:9-16; Gá. 2:11-14.
- C. Debemos aprender de la lección de Bernabé para ser salvos de las opiniones humanas y de las relaciones naturales: las disputas que surgen entre los colaboradores debido a relaciones personales son terribles; recuerden muy bien esto—Hch. 13:13; 15:35-40; Col. 4:10.

- D. Debemos aprender de la lección de Apolos para ser salvos de un ministerio carente de la revelación completa de la economía neotestamentaria de Dios, y de no ser completamente uno con el ministerio de la era—Hch. 18:24—19:2; 1 Co. 1:12; 16:10-12.
- E. Debemos aprender de la lección de Pablo en Hechos 16:6-12; estos versículos indican el problema de los obreros que vienen a un lugar y tienden a establecerse y echar raíces, y no están dispuestos a mudarse; las viejas relaciones, los viejos afectos, las viejas inclinaciones y los viejos conceptos nos impiden seguir la dirección interior del Espíritu que mora en nosotros:
1. El Espíritu Santo les prohibió a Pablo y sus colaboradores, y el Espíritu de Jesús no les permitió; la prohibición del Espíritu Santo nos separa, nos santifica, y el Espíritu de Jesús nos permite o no hacer algo.
 2. El Espíritu Santo dice “no” para santificarnos, y el Espíritu de Jesús dice “ve” para enviarnos en la humanidad de Jesús a fin de cumplir la voluntad de Dios bajo la cruz.
- F. Debemos aprender de la lección de Pablo para practicar la vida del Cuerpo y recibir la palabra del Espíritu por medio de los miembros del Cuerpo, obediéndola como una palabra que proviene de la Cabeza—20:23; 21:4, 7-8, 11-14.
- G. Debemos aprender de la lección del error de Jacobo y de la mixtura devastadora que había en la iglesia en Jerusalén—vs. 18-26; Mt. 22:7; 24:1-2:
1. Jeremías habló de la ley de vida que podía ser escrita en nuestros corazones (Jer. 31:31-34), y Pablo habló de la ley del Espíritu de vida en nuestro espíritu (Ro. 8:2, 4, 6), pero Jacobo valoró y exaltó la ley escrita (Hch. 21:20).
 2. Pablo habló de ser crucificado juntamente con Cristo y de ser conformado a la muerte de Cristo por el poder de la resurrección de Cristo; ésta es la vida que produce la vida propia del Cuerpo que alcanza su consumación en la Nueva Jerusalén—Gá. 2:20; Fil. 3:10.
 3. A la luz de la revelación divina, la carencia más grande de Jacobo fue la cruz de Cristo; cultivar el yo no lleva a cabo la economía de Dios, pero negarnos al yo sí la lleva a cabo.
 4. Jacobo se jactó de que en la iglesia en Jerusalén había miles de creyentes judíos que eran celosos por la ley, pero Pablo mostró celo con respecto a ganar a Cristo, a ser hallado en Cristo, a conocer a Cristo, a asirse de Cristo, a ir en pos de Cristo y a exaltar sólo a Cristo, a fin de obtener el disfrute más pleno de Cristo—Hch. 21:20; Fil. 3:6-14; Col. 1:18b.
- H. Debemos aprender de la lección de Pablo para ser salvos de mezclar las prácticas judías con la economía neotestamentaria de Dios, lo cual no sólo es erróneo, sino también abominable a los ojos de Dios—Hch. 21:18-27, 31, 36; He. 10:29.
- I. Debemos aprender de la lección de Pablo cuando apeló a César, utilizando su ciudadanía romana para salvarse de sus perseguidores, a fin de poder cumplir el curso de su ministerio—Hch. 22:25-29; 23:10-11; 25:8-12; 26:32:
1. Pablo estaba dispuesto a sacrificar su vida por el Señor, pero él aún se esforzaba por vivir más tiempo a fin de llevar a cabo el ministerio del Señor tanto como le fuera posible—20:24.
 2. Dios en Su soberanía rescató a Pablo a fin de apartarlo de todas las situaciones peligrosas y de las trampas, y lo envió a una tranquila prisión; esto

tuvo como fin proveerle un ambiente tranquilo y darle tiempo, bien fuera en Cesarea (24:27) o bien en la ciudad de Roma (28:16, 23, 30), para que, mediante sus últimas Epístolas, él liberara exhaustivamente a la iglesia, a lo largo de las generaciones, la revelación del misterio de la economía neotestamentaria de Dios que él recibió del Señor.

3. Se necesitará la eternidad para valorar el beneficio y provecho que la iglesia ha recibido de estas Epístolas en el transcurso de las generaciones (véase Hch. 25:11, nota 2).

IV. Todos nosotros deberíamos seguir el modelo del apóstol Pablo para llevar a cabo la misma y única obra universalmente con miras al único Cuerpo— 1 Co. 3:12; 15:58; 16:10; Ef. 4:11-16:

- A. La obra en el recobro del Señor tiene como meta la edificación de las iglesias locales para la edificación del Cuerpo universal de Cristo—2:21-22; 1 Co. 16:10.
- B. Hoy en día existen cuatro categorías de obreros:
 1. La primera categoría se compone de aquellos colaboradores que satisfacen la necesidad del ministerio de Dios en la era presente; éste es un pequeño grupo de personas que han sido tratadas por el Señor y que están en unanimidad.
 2. La segunda categoría se compone de los colaboradores más jóvenes; ellos están dispuestos a recibir la dirección de los colaboradores más maduros y a coordinar con ellos, y también están dispuestos a seguirlos y aprender con humildad.
 3. La tercera categoría se compone de aquellos que no están dispuestos a someterse a los colaboradores más maduros, que no pertenecen a las denominaciones, pero están contentos en permanecer en comunión con nosotros.
 4. La cuarta categoría se compone de los predicadores y los evangelistas independientes que están entre las denominaciones.
- C. Lo que necesitamos hoy es la primera y la segunda categorías de colaboradores; en cuanto a la tercera y cuarta categorías de colaboradores, lo único que podemos hacer es dejarlos elegir su propio camino; con respecto a algunos, Dios no les ha asignado seguir el mismo camino que nosotros, y no nos atrevemos a decirles nada.
- D. Cualquiera que sea la situación, nosotros estamos aquí para hacer la obra que Dios nos ha encomendado; no podemos interferir en la obra de otros, ni estamos aquí para derribar la obra de los demás.

Extractos de las publicaciones del ministerio:

EL PRIMER AMOR Y LAS PRIMERAS OBRAS

Apocalipsis 2:4

Versículo 4: “Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor”.

Lo que más temo es que muchas veces nos olvidamos del Señor en nuestra obra; no sabemos por qué obramos, laboramos y perduramos. Aunque muchas obras son del Señor, ¿para quién obramos? Me temo que muchas veces obramos al azar y no nos acordamos del Señor. El Señor desea que nos preguntemos para quién son las obras. ¡Es una lástima que obremos

porque tenemos el hábito de hacerlo, o con la intención de retener nuestra fama, en vez de laborar porque el amor del Señor nos lo pide! En aquel día, cuando estemos de pie ante el tribunal de Cristo, ciertamente no seremos elogiados por la grandeza o el volumen de nuestra obra. Sus ojos ardientes no procurarán tales cosas. Lo que Él investigará es cuánto de lo que hacemos procede de nuestro amor hacia Él. Únicamente aquellas obras que son motivadas por amor son oro, plata y piedras preciosas. No importa cuán grandes y numerosas sean las demás obras, y no importa con cuánto celo o diligencia uno las realice, ellas no son otra cosa que madera, hierba y hojarasca. No sirven para nada excepto ser quemadas. Que todas nuestras obras se efectúen como si se llevaran a cabo delante del tribunal. Que el grado del juicio del Señor sobre nosotros resplandezca cada vez más día a día, y que ponga al descubierto nuestra intención.

Quienes han gustado el amor del Señor se encuentran en mayor peligro. Cuando los santos están llenos del primer amor del Señor, todo lo que ellos hacen tiene su origen en su amor por el Señor. Ellos no tienen ninguna otra intención aparte de este motivo. En tales momentos, ellos sienten que casi pueden tocar al Señor. Están dispuestos a sacrificar sus ojos e incluso sus corazones por el Señor. Sin embargo, cuando cambian las circunstancias, ¡la instigación por parte de la belleza del mundo y el impulso de los antojos interiores subconscientemente enfrían el anterior celo de amor! Es posible que aún podamos hacer lo que hicimos ayer, pero el motivo ha cambiado. Aunque todavía somos capaces de continuar haciendo muchas obras, en nosotros ya no se halla el estímulo del amor del Señor. En la experiencia de muchos, ellos no han abandonado por completo el amor de Cristo. Ellos aún saben que Cristo los ama y que ellos aman a Cristo. Pero este asunto pareciera ser muy borroso. Es como mirar a través de un velo. El amor del Señor ya no es tan fresco ni los constriñe tanto como lo hacía antes. Ellos sólo recuerdan el anterior amor del Señor en su memoria. El amor del Señor ya no es una atracción en la actualidad. ¡De repente, el cielo despejado y el sol resplandeciente quedan cubiertos por nubes oscuras! Por supuesto, no quiero decir que debiéramos sentir el amor del Señor en nuestra parte emotiva cada día. Esto es imposible. Pero es otra cosa si no nos interesamos por el amor del Señor o por amarlo a Él. El hecho de que el Señor nos exija asirnos al primer amor significa que deberíamos considerar que Su amor es siempre fresco. Aunque le complace que nosotros le amemos y gustemos de Su amor una sola vez, esto no lo satisfará. De la misma forma en que una pareja comienza su matrimonio con amor, el Señor desea que nosotros continuemos en esta clase de amor. Tomando prestada una expresión humana, el Señor desea que tengamos una “luna de miel” eterna con Él. Las muchas obras, las labores y la perseverancia no lo satisfarán. Incluso las obras, las labores y la perseverancia perfectas, a menos que se hagan en Su amor, tampoco serán aprobadas por Él.

Versículo 5

Versículo 5: “Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te has arrepentido”.

El Señor no los abandonó ni los dejó desolados. Él quería que ellos recordaran de dónde habían caído. Él quería que ellos recordaran su condición anterior y lloraran por su situación actual. Él quería que se lamentaran, diciendo: “¡Quisiera poder ser como era antes!” o “¡Quisiera poder regresar a la condición en que me encontraba hace unos pocos meses!”. Recordar la condición anterior despertará en uno el arrepentimiento y la aspiración. Éste es el primer paso hacia el avivamiento. Recordar la experiencia anterior de uno recobrará la posición en que uno se encontraba antes. Un santo caído no puede saltar el paso de “recordar”.

“Recuerda, por tanto, de dónde has caído”. ¡Una iglesia perfecta según la perspectiva del

hombre no es otra cosa que una iglesia “caída” según la evaluación del Señor! Aunque el Señor elogió sus muchas actividades, ¡Él no pudo evitar llamarlos caídos! La posición que tenemos delante del Señor no depende de cuánto laboremos, sino de cuánto hayamos amado. Por supuesto, cuando tenemos el amor, también tenemos la labor. No importa cuánto obremos, si hemos perdido el amor por el Señor, somos personas caídas. Adán había caído. Israel también había caído. ¡Es una lástima que incluso la iglesia que ha recibido la gracia y la bendición de Dios también ha caído! Sin embargo, Dios aún les dio la oportunidad. Es por esto que deberíamos recordar, “por tanto, de dónde [hemos] caído”.

Lo más importante que debe hacer un cristiano que ha caído es examinar, a la luz de Dios, de dónde ha caído. Si no hemos recobrado el terreno que perdimos, aunque nuestra obra externamente quizás siga siendo la misma, nuestra condición espiritual ya ha sufrido un gran golpe. Si cierto fracaso no se confiesa delante del Señor ni es limpiado por la sangre, es posible que nosotros progreseemos más externamente, pero nuestros años serán gastados en vano. Deberíamos regresar al mismo sitio de donde caímos, y desde allí deberíamos renovar nuestro recorrido para ir adelante. Nuestra vida después que hayamos caído es una travesía en vano y no cuenta delante de Dios a menos que regresemos al punto de donde caímos y reanudememos nuestro andar desde allí. Desde el lugar de donde caímos, allí debemos regresar. Lo lamentable es que después que los santos han caído, de todos modos prosiguen con sus actividades. ¡Ellos no se dan cuenta de que el fundamento de su amor por el Señor ya ha sido conmovido! Al recordar cuál fue la naturaleza de nuestra caída y la línea de donde nos hemos descarriado, deberíamos regresar al punto de partida. Ésta es la enseñanza más importante de la Biblia. Esto es cierto con respecto a individuos; también es cierto con respecto a la iglesia. Si deseamos conocer la verdadera condición de la iglesia hoy, tenemos que compararla con la iglesia apostólica para el tiempo de Pentecostés. Al hacer esto, veremos si la iglesia se ha degradado o si ha avanzado. Así como Éfeso tenía que recordar de dónde había caído, la iglesia actual y los santos en ella no deberían pasar por alto este paso.

“¡Y arrepíentete!”. ¡Qué palabra tan asombrosa! ¿Acaso la iglesia necesita arrepentirse? Existe una gran diferencia entre el arrepentimiento del mundo y el arrepentimiento de la iglesia. La segunda ha sido lavada por la sangre y regenerada por el Espíritu Santo. No necesita arrepentirse de sus obras muertas de la misma forma en que lo necesitan las personas mundanas. Para la iglesia, esto es un asunto de contaminación en vida y de una pérdida de amor por el Señor. Para esto, ella necesita regresar a su posición anterior. De entre las siete iglesias, ¡el Señor les encargó a cinco que se arrepintiesen! El arrepentimiento es una necesidad común entre los santos. Es fácil obrar afanosamente y tener una labor perdurable, pero el arrepentimiento es lo que más difícil se nos hace. También es aquello que menos nos gusta. Aunque las obras en que golpeamos el aire nos agotan, de todos modos no requieren que uno se humille a sí mismo. Por consiguiente, es algo aún tolerable para la carne. Además, esto obtiene un buen nombre para el hombre. Por otra parte, confesar los errores que uno ha cometido y arrepentirse de sus pecados es algo que le robará a la carne su motivo para ejercitarse y le quitará toda su gloria. Esto incluso requiere que uno ponga a un lado su propia cara y los elogios de los demás. ¡Cuán difícil es esto! No es que nos rehusemos a servir al Señor, sino que preferiríamos muchísimo más servir al Señor de una manera que no requiera que hagamos algo demasiado humillante y que sacrifique los logros de los cuales nos jactamos. ¡Esta clase de arrepentimiento es muy vergonzoso para nosotros! Está bien que los pecadores hagan esto, ¡pero que un santo haga esto es algo demasiado inquietante para su corazón, el cual es justo en su propia opinión! Sin embargo, la cruz no es algo que depende de nuestra preferencia. Nuestro deber es ser hijos de sumisión y esclavos de obediencia. Las obras vacías quizás nos

ganen algún halago del hombre, pero si éstas no complacen al Señor, ¿qué provecho tienen? Si el corazón de nuestro amado Señor no está satisfecho, aun si nosotros tenemos absoluto contentamiento, deberíamos renunciar a ello. Si los santos estuviesen dispuestos a tener la misma perspectiva que el Señor, ¿no habría tan poco arrepentimiento como lo hay hoy! Si el corazón del Señor en el Lugar Santo no está satisfecho, incluso si hay obras que complacen a los demás y a uno mismo, debemos preguntarnos ¿para quién se llevan a cabo estas obras? Si por la gracia de Dios entendemos la perspectiva del Señor y vemos nuestra obra actual desde el punto de vista de la eternidad, comprenderemos cuán vacía está nuestra obra y tendremos en alta estima el valor de agradar al Señor. Por supuesto, cuando nos percatamos de nuestra carencia de esta manera, no podemos evitar estar tristes de corazón y arrepentidos en espíritu. Sin embargo, ¡el precio de esta auto-humillación y de renunciar a esta gloria no es insignificante!

“Haz las primeras obras”. Éste es el resultado del arrepentimiento. Si no hay arrepentimiento, no habrá un corazón que se condene a sí mismo. Si no tenemos un corazón que se condena a sí mismo, permaneceremos en vejez y no seremos renovados. Si hay arrepentimiento, no sólo se debe recobrar el primer sentimiento, sino que también se deben recobrar las primeras obras. ¿En qué consiste hacer las primeras obras? No debe referirse meramente a las “obras” externas, pues los efesios ya tenían eso. Tampoco debe referirse a la “labor”, pues los efesios también tenían eso. Tampoco se refiere a la “perseverancia”, porque ellos también tenían eso. No significa oponernos con celo al pecado. No significa ser osados para juzgar la falsedad. Tampoco significa sufrir incansablemente por causa del nombre de Cristo. Todas estas cosas son excelentes a los ojos de Dios y son aceptables, pero los efesios ya tenían todo esto. No obstante, el Señor Jesús continuó diciendo que Él tenía algo contra ellos, lo cual era que ellos habían perdido su primer amor. Por lo tanto, ¿qué significa “hacer las primeras obras”? ¿Por qué el Señor les pidió que hicieran las primeras obras? ¿Acaso sus obras ya no habían sido aceptadas y elogiadas? Si no se refieren a las obras que el Señor elogió, entonces ¿qué eran las “primeras obras”? Hablando en el sentido externo, las primeras obras no difieren mucho de las obras anteriores que hacían los efesios, pero hay una diferencia en el poder motivador y en la meta de las mismas. Las obras son las mismas, pero el poder que motiva las obras es diferente. El “primer amor” es la misma obra con motivos diferentes. Las “primeras obras” son obras que resultan del “primer amor”. Aunque la obra que un santo efectúe podría ser exactamente igual ahora a como lo era antes, una diferencia en el motivo interior tendrá como resultado la repreensión o el elogio de parte de Dios. Una obra que procede de un corazón lleno del celo del amor del Señor es preciosa a los ojos del Señor. Con respecto a esto, Él no tiene repreensión alguna. Aunque una obra que sólo satisface los ojos no aparenta tener diferencia alguna para los demás externamente, ésta no agrada al Señor que escudriña el corazón del hombre. Los ojos de Dios están fijos en nuestro motivo, y Él juzga conforme a esto. En el futuro, en el tribunal, muchos santos serán sorprendidos por la cantidad de madera, hierba y hojarasca que ellos poseen. Para ellos, todas estas obras son importantes y valiosas. ¿Cómo está su motivo? Ésta es la norma del juicio de Dios. Todas las obras que no se lleven a cabo como resultado del amor hacia el Señor, aun si son tan numerosas, perfectas y grandes como las de los efesios, están destinadas a ser condenadas. Todas las demás obras, naturalmente, son aun peores.

Después de leer el libro de Efesios, veremos la relación que existe entre “el primer amor” y “las primeras obras”: “Sino que asidos a la verdad en amor, crezcamos en todo en Aquel que es la Cabeza, Cristo, de quien todo el Cuerpo, bien unido y entrelazado por todas las coyunturas del rico suministro y por la función de cada miembro en su medida, causa el crecimiento del

Cuerpo para la edificación de sí mismo en amor” (4:15-16). Éstas son las “primeras obras” que son paralelas al “primer amor”. Las “primeras obras” no son lo que el hombre elogia o lo que ve. Son las obras que se realizan en secreto, como las obras que hacen las “coyunturas”. Las obras que el Señor considera preciosas no son las que externamente son grandes o importantes, sino aquellas que realmente edifican el Cuerpo de Cristo “en amor”. Ésta es la obra que verdaderamente es eficaz. Si no se tiene la intención del amor, no existe la obra de amor. Debido a que se tiene el amor del Señor Jesús, todas las obras llegarán a ser obras para la edificación de la iglesia, y habrá la unión y el entrelazamiento en armonía, y no entrará ninguna disensión proveniente de las opiniones. Aunque la iglesia ahora ha dejado su primer amor y no ha hecho las primeras obras, todavía podemos unirnos a la Cabeza y podemos crecer en todo en Él, de quien recibiremos el suministro y la fortaleza. Todos los que han recibido el poder del amor de parte de la Cabeza pueden hacer las “primeras obras”. En la actualidad, vemos la desolación de la iglesia. Tanto el primer amor como las primeras obras han desaparecido. Éste es el momento en que debemos postrarnos delante de Dios, humillarnos y confesar nuestros pecados. El Señor nos llama a arrepentirnos. La puerta de la gracia aún está totalmente abierta. Deberíamos venir rápidamente. Gracias al Señor. Él nos ha mostrado que muchos santos están dispuestos a dejar todas las organizaciones, y no sólo están dispuestos a asirse al primer amor, sino también a reavivar las primeras obras. ¡Qué triste que la iglesia, incluyendo los santos, ha dejado el primer amor y ahora debe arrepentirse! Por supuesto, es más triste que algunos no están dispuestos a arrepentirse aun después de su caída. ¿Cómo cayó la iglesia a tal grado? Pablo vio el peligro entre los efesios desde el principio. Por consiguiente, él tuvo la oración que se presenta en Efesios 3:14-19. Es fácil que un cristiano ame al Señor en un instante. En la verdadera iglesia la mayoría de las personas han experimentado el primer amor, pero ¿cuántas siguen ardiendo a diario? Me temo que muchos de los que amaban al Señor hace unos pocos años se han enfriado gradualmente. ¿Por qué es éste el caso? La oración que Pablo hizo da el motivo de esta caída: “Para que Cristo haga Su hogar en vuestros corazones por medio de la fe, a fin de que, arraigados y cimentados en amor” (v. 17). Cualquier cosa que carezca de fundamento no perdurará para siempre. Si nuestro amor es como un árbol que tiene raíces o una casa cimentada sobre el terreno, este amor será el “primer amor” todo el tiempo. ¿Qué es esta raíz y este terreno? Es Cristo que “hace Su hogar en vuestros corazones”. Ésta es la fuente desde la cual el amor es arraigado y cimentado. El mayor peligro que enfrentamos es que tengamos mucho conocimiento espiritual sin tener la experiencia de que Cristo viva en nuestros corazones. Pablo oró por los efesios de esta manera porque ellos no tenían esta experiencia. Ellos habían recibido el amor de Dios (1:5-8), pero este amor no había sido arraigado ni cimentado en sus corazones. Por lo tanto, Pablo oró por ellos. ¿Acaso está Cristo realmente haciendo Su hogar en nuestros corazones? No deberíamos responder a esta pregunta precipitadamente. No debemos especular o suponer que ya lo tenemos. Esta pregunta nos debería llevar a orar en “nuestro aposento”. ¿Cómo puede Cristo hacer Su hogar en nuestro corazón? La Biblia no se mantiene en silencio respecto a esto. “Para que Cristo haga Su hogar en vuestros corazones por medio de la fe” (3:17). Cuando recibimos al Señor Jesucristo con una fe definitiva y le permitimos hacer Su hogar en nuestro corazón, nuestro amor será arraigado y cimentado, y seremos “plenamente capaces de aprehender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la altura y la profundidad” (v. 18). Cuando el Señor de amor hace Su hogar en nosotros, comprenderemos la medida del amor. “Y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento” (v. 19). El paso del tiempo sólo manifiesta el amor inmutable del Señor. Que Cristo haga Su hogar en nuestro corazón no es algo temporal. Por consiguiente, cuando tengamos esto, no abandonaremos el amor. Creo que hemos gustado y tocado el amor del Señor, pero ¿acaso nuestro corazón no espera tener una condición

espiritual más estable y firme? ¿No es maravillosa la vida en la que moramos en la casa del Señor? Que Cristo llegue a ser nuestra satisfacción y nuestra protección.

Damos gracias al Señor y lo alabamos. Esta clase de bendición no sólo está reservada para aquellos cristianos que han alcanzado el extremo remoto o la línea final de su trayecto. Más bien, estuvo allí desde el principio. Este amor es el “primer” amor. Estas obras son las “primeras” obras. Un creyente joven puede obtener esta gracia igual de fácilmente. Aparte de que Cristo haga Su hogar en nuestros corazones, no existe otra cosa que pueda satisfacer nuestros corazones. “Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; mas el que beba del agua que Yo le daré, no tendrá sed jamás” (Jn. 4:13-14). La lujuria de la carne, la lujuria de los ojos y la vanagloria de esta vida todos pertenecen a este mundo. Todo aquel que beba de esta agua volverá a tener sed, pero el hecho de que esto hace al hombre sediento nuevamente es algo que provoca que regresen más personas a beber. El mundo ata a las personas con sus irritaciones, pero Dios debe ser bendecido porque cuando nosotros bebemos por fe el agua que el Señor nos da, Él nos satisface por completo.

¡Cuán bueno sería si nunca hemos dejado el amor del Señor! Si lo hemos dejado, debemos recordar de dónde hemos “caído, y [arrepentirnos], y [hacer] las primeras obras”. Si vemos que el Señor nos ama profundamente, seguramente nos humillaremos en cenizas y confesaremos nuestros fracasos. Pero hay algo por lo cual regocijarnos: Él está lleno de gracia. Seguramente nos sentimos compungidos cuando consideramos nuestros fracasos; nuestro testimonio para Él es débil y tambaleante. Sin embargo, en Él todavía podemos regocijarnos porque en Él no hay fracaso alguno. Si confiamos en Su amor, nos acercamos a Él y confesamos nuestros pecados con penitencia, Él no nos hará regresar con las manos vacías, sino que nos concederá Su fuerza y bendición. Un recuerdo vano de nuestro fracaso no nos dará la fuerza para hacer las primeras obras, pero si invocamos al Señor que nos libera, nuestra victoria quedará asegurada. Lo que deberíamos tener es humildad. Sin embargo, el Señor es quien nos puede reavivar.

Después de esto, vimos las advertencias del Señor. Puesto que la iglesia había dejado su primer amor y ya no hacía sus primeras obras, el Señor tuvo que decir: “Pues si no, vendré a ti, y quitaré tu candelero de su lugar” (Ap. 2:5). ¡Cuán severo es esto! ¡Si las palabras de aliento y la repreensión del propio Señor no hacen que usted se arrepienta, ya nada ha de cambiar su fracaso y degradación! Aparte del juicio, ya no quedará ningún camino abierto para el amor. (*The Collected Works of Watchman Nee*, t. 4, págs. 294-301)